

que esta cloaca se vuelque sobre el augusto Rey de Inglaterra. Parece imposible, mas así atacaban y defendían la fe los hombres primeros del mundo en estos tiempos encrespadísimos del creador Renacimiento.

Otra polémica de mayor importancia se empeña por este tiempo, no entre la teología y la Reforma, como la polémica iniciada por Enrique VIII, sino entre la teología y la ciencia, polémica iniciada por Erasmo. Sucede, por regla general, en las generaciones intelectuales que los padres desconocen á los hijos, y los hijos á los padres. En la naturaleza todo lo que engendra quiere con pasión lo engendrado; y en el espíritu, al revés, los hijos reniegan de sus padres y ¡oh maravilla! los padres desconocen á sus hijos. Los fariseos se vuelven contra Cristo, cuando Cristo difunde su doctrina por la tierra y entrega sus libros, divinizándolos, á las nuevas generaciones. Voltaire, que con sus carcajadas ha destruido la clave de las jerarquías monárquicas, se indigna contra Rousseau, que trae consigo el dogma de la soberanía de las naciones, para sustituir y reemplazar á todo cuanto se ha arruinado y se ha caído en su siglo; Erasmo, que representa el espíritu del Renacimiento y ataca con bravura y coraje las supersticiones monásticas, no puede comprender á Lutero, esa última y necesaria consecuencia de todas sus doctrinas. Como él ha de destruir, trae consigo todas las facultades psicológicas, que son necesarias para la destrucción, la ironía amarga, el escepticismo sarcástico, la duda corrosiva; y como Lutero ha de crear, porque la sociedad sobrepone á las ruinas toda una rica vegetación de ideas para que la vida humana jamás se acabe y el humano progreso jamás se detenga, Lutero tiene la elocuencia encendida, el ímpetu batallador, la fe dogmática de todos los que fundan sociedades nuevas y traen nuevas creencias. Así Lutero y Erasmo no se entienden ni pueden moral ni materialmente entenderse por estas leyes naturales de la historia.

Antes de que llegara la época de las afirmaciones, correspondiendo Erasmo al estado de los ánimos y las inteligencias, sostenía con gloria el crepúsculo, tras del cual habían de venir con seguridad las nuevas y esplendorosas mañanas de un nuevo espíritu. Correspondiendo entonces su ingenio al estado de los entendimientos, el mundo entero se prosternaba en su presencia: los Papas le bendecían, los Reyes le adulaban, recibíanlo en triunfo como á los

vencedores antiguos las grandes ciudades modernas, aclamábanlo como enseñanza viva de la ciencia las Universidades mayores de Europa, proferían á una en su loor letanías innumerables de exaltados elogios todos los labios y parecía por un momento que el alma de su siglo se entraba en su cabeza y que la representación de aquella edad singular tocaba por derecho propio á su persona. Jamás las letras fueron por nadie en el mundo exaltadas y glorificadas como las exaltó y las glorificó en su persona este hombre extraordinario, la más alta personificación del Renacimiento. Iniciada la Reforma, no había remedio, tenían que solicitarle con igual solicitud unos y otros contendientes y tenían que pedirle su protección y su auxilio. En este punto había de marcar por necesidad el temperamento de Erasmo, propio para bogar en mares celestes y tranquilos, rodeado de toda suerte de comodidades y de adulaciones, pero impropio en la oscuridad de aquellos horizontes de la revolución, en el oleaje alteradísimos de aquellas pasiones, en el estruendo fragoroso de aquellas tempestades, para sacar á salvo ideas, que piden los esfuerzos del heroísmo y los holocaustos del martirio. Lutero comprendió, en los comienzos de su revolución, todo el poder de este hombre; y le escribió una carta lisonjera para ganarle á su partido y detenerle, si acaso pensaba ponerse en frente de la nueva idea. Mas Erasmo estaba resentido con Lutero, porque le acababa de arrebatar aquella universal atención que constituía como una parte necesaria de su existencia. En el excesivo amor propio, natural y congénito á sus altas cualidades, no comprendía Erasmo que, cambiados los tiempos, empeñada la lucha, dividida Europa en dos ejércitos, tocábale á él decidirse por unos ó por otros; y no quedarse en medio de todos, recibiendo los golpes de distintos puntos partidos, y recibéndolos por su mal entre la más helada indiferencia. Sus términos medios, sus componendas hábiles, sus atenuaciones dulces, su horror al odio de los demás, sus dudas elegantes, su escepticismo de buen tono, su estilo esmaltado para ocultar las ideas, su lenguaje clásico, le servían de bien poco en aquella erupción de pensamientos nuevos, en aquella eléctrica lluvia de encendidas pasiones, en aquel océano de fuego donde se derretían las cadenas de la Edad media, en aquel apocalíptico combate en que los combatientes parecían como los genios del bien ó del mal pintados por las antiguas teogonías, esgrimiendo sobrenaturales armas, á cuyos



cortes, á cuyos filos, á cuyos choques caian las Iglesias que llevaban largos siglos de vida y con las Iglesias los planetas y los cielos como en las últimas horas del último Juicio. ¿Dónde iba, en medio de aquel ruido, Erasmo con su voz armoniosa; en medio de aquel combate con su débil y contrahecha figura; en medio de aquel incendio con sus reflejos de luna pálida; en medio de aquel desconcierto con sus armonías; en medio de aquellas pasiones con su frialdad; en medio de aquella fe por lo que se iba ó por lo que venia con su literario escepticismo? Quien no toma partido en estas divisiones de las sociedades humanas; quien no tiene fe en esta exaltacion de las creencias; quien no se arriesga ni al odio, ni al martirio en estas edades trágicas; tiene tanta parte en el mundo y en el espíritu de su tiempo como tiene parte en la batalla uno de esos espectadores frios alzados en las vertiginosas eminencias, á las cuales no alcanzan los peligros ni llegan los tiros. Naturalmente Erasmo quiso estar bien con todos; y en lo utópico de su aspiracion irracional, cuando golpeaban á la puerta de su cerebro tantos problemas, se desavino de todos, y atrajo sobre su cabeza los rayos que partian de los mas encontrados cielos. Lutero, en su conocimiento profundo del corazon humano, tratólo, al ver su indiferencia, con otra mayor indiferencia todavía; y los católicos jamás le perdonaron que hubiera iniciado una revolucion radical sin tener luego el valor necesario para proseguirla y consumarla. Necesitábase, pues, que las circunstancias se extremaran mucho, que las exigencias tuviesen desmedido imperio para que Erasmo arriesgara su participacion personal en batalla tan ajena, bajo todos aspectos, á su natural escéptico y tan contraria por todos lados á su invencible deseo de reposo.

Infeliz de aquel que no es amado por nadie en su vida privada; pero infeliz tambien de aquel que no es por nadie aborrecido en su vida pública. La historia humana se compone de conflictos perpetuos entre las ideas de lo porvenir y los intereses de lo presente. Hay que tomar parte por necesidad en estos conflictos y hay que decidirse ó por los intereses ó por las ideas. Mientras Lutero se reia de la neutralidad intelectual de Erasmo, el duque Jorge de Sajonia, campeon exaltado del Catolicismo, echábale furiosamente en cara la responsabilidad de su tibieza en los adelantos de la Reforma. Así, de todos lados le gritaban unos y otros: «¡valor, valor!» pidiéndole la cuali-

dad mas contraria en todo á su temperamento irresoluto y á su inteligencia escéptica. Da tristeza, porque nada conmueve tanto como presenciar los tropezos y las caidas de las almas grandes, ver á este hombre extraordinario, llamado por sus talentos de escritor y de orador á ejercer una inmensa influencia en la marcha del espíritu humano, escribiendo diálogos diplomáticos de hábil conciliacion á la misma solemne hora en que todas las cóleras estallaban en los ánimos y todas las ideas tenian su absolutismo dogmático y su incondicionalidad propia, sin que nadie pudiese vanagloriarse de contar con poder para detenerlas ni habilidad para atenuarlas en sus fulgurantes y tempestuosos estallidos. ¡Y qué naturaleza la naturaleza de aquel hombre! Cuando daba la mayor prueba de humillacion y debilidad que podia darse, vertiendo mieles sobre llagas que pedian cauterios, tomaba por temeridad su cobardía y procuraba detener la publicacion de sus propios escritos por temor de que se achacasen á injurias sus sonrisas.

No se pueden decir el número de sus contradicciones en la situacion embarazosa de su ánimo. Nada tan contradictorio como los dichos que se le atribuian y que pasaban de boca en boca por todas las cortes del mundo. «No debe emprenderse ninguna revolucion, decia, por miedo de encontrar empeoramiento en vez de mejora.» Y sin embargo, quien esto decia deliberadamente, contribuyó tal vez sin deliberacion, tal vez sin conciencia, por impulsos íntimos de su espíritu, á una de las mayores y mas trascendentales revoluciones que han visto los siglos. Y obedeciendo á su temperamento, así decia palabras á la estabilidad gratas como palabras á la revolucion gratísimas. «Calumnian á Lutero, exclamaba, porque ha tocado á la corona de los Papas y al vientre de los frailes.» El dia del casamiento de Lutero, exclamó con gracia: «todas estas herejías son como las comedias, concluyen siempre en casamiento;» pero el dia en que el Papa Leon X dió orden de quemar las obras de Lutero dijo: «quemar no es responder.» Y cuando podia con esa facilidad y con esa concision de palabra que tanto le exaltaban y engrandecian servir cualquiera de las dos grandes causas en litigio, quedábase entre ellas, como en triste y deshonoroso limbo. Cuando el Pontífice Adriano VI, con buen acuerdo, pensó en evitar la revolucion radical en las ideas por medio de una reforma saludable en las costumbres, dirigióle, viendo en él su discípulo



predilecto, sentida carta, para que le acorriese y le auxiliase activamente y con decision soberana en su magna empresa. Y un pensador, cuyo oficio se eleva sobre las miserias y los trabajos del tiempo corriente; un literato, cuyo estilo da el resplandor de la hermosura, ese resplandor inextinguible á las ideas; un sacerdote del espíritu, que ha de brillar en todos los horizontes del tiempo, responde á la intimacion amistosa del maestro, del sabio, del Papa necesitado de su cooperacion para una obra inmortal, que las nieves de los Alpes le aterran, que las cocinas subterráneas le marean, que las posadas sucias le enferman, que los vinos fuertes le embriagan, y no puede, por tanto, ir á Roma y tomar parte activa en aquella cruzada de las inteligencias y en aquel combate de los espíritus. «La fama, dice, si me visitó en otro tiempo, hoy se ha debilitado y se ha disminuido hasta cambiarse en infamia. Antes me escribian, «al grande héroe, al príncipe de las letras, al astro de Germania;» y hoy apenas se acuerdan de mí, sino para denigrarme. Decirme que escriba es como decir al cangrejo que vuele; pediria alas el pobre y las pediria con razon.»

Erasmus no queria decir la causa principal de su silencio, á saber: el horrible miedo á las payasadas de Lutero, á los dicharachos gráficos é inolvidables con que sazonaba sus polémicas, á los mazazos de aquella hercúlea clava que se llamaba dialéctica luterana, y á los furoros del monje carnicero, el cual, una vez herido, no tornaba de ninguna suerte á sus tiendas, sino despues de haber roto los huesos, devorado la carne, consumido la sangre de sus contrarios, manchándolos además en su honra para que no se repusiesen ni se rehabilitasen nunca ni en la opinion ni en la historia.

Realmente el combate de Lutero y Erasmus asemejábase al combate de un águila con un ruiseñor. El castizo escritor latino, en cuyos huesos penetrara la helénica alma del Renacimiento, sabia de memoria los poetas griegos, conversaba familiarmente con los filósofos antiguos, ponía el dedo sin equivocarse en las tres ó cuatro faltas de sintáxis cometidas por Ciceron durante todo el curso de su existencia, contaba los diptongos de los Evangelios griegos, asistía en espíritu á los últimos diálogos de las Academias florentinas, tomaba en su palabra la excelsa majestad de las ruinas romanas como esas nubes del ocaso cuyos arreboles absorben la luz del sol; pero no conocia tan

profundamente como su competidor las ciencias teológicas y recelaba con razon quedar, no solo magullado por sus golpes, sino vencido y roto por sus superiores conocimientos. Mas ¿cómo permanecer indiferente, cuando todo el mundo se dirigia con anhelo hácia él y le demandaba su parecer excepcional sobre las cuestiones, á cuyos contradictorios argumentos se estremecía y vacilaba la tierra? Erasmus hasta el momento supremo de las obyurgaciones de Adriano habíase desquitado del desprecio de Lutero, riéndose á mandíbulas batientes del furor erótico avivado por las palabras del reformador en tanta monja y tanto fraile como rompian su sagrado encierro y se lanzaban ebrios de amor en ajenos brazos, cambiando la cruz de sus sayales por la cruz del matrimonio. No bastaba con esto, necesitaba intervenir mas activamente y de algun modo mas eficaz en la guerra que dividia al mundo entero y que concitaba unos contra otros los ánimos de todos los pueblos de Europa. A mayor abundamiento el reformador, el revolucionario, el gran rebelde le incitaba con sus cargos á veces justos y con sus bufonadas naturalmente acerbas. Así blandía su pluma cortante como una espada frente á frente de la pluma de Erasmus fina como un alfiler; y le decia con ese menosprecio agravado por su orgullo, como deseaba el infeliz andar sobre huevos sin romperlos y escupir en cristales sin deslustrarlos. Gráfica manera, en verdad, de pintar aquella timidez pudorosa del literato, que le hacia como copartícipe de todas las doctrinas y por consecuencia como cómplice de todos los errores.

Así Erasmus se veía solicitado por diversas fatalidades á entrar en las grandes polémicas del siglo; y por lo mismo que amaba su persona, mas que su causa, no podia callarse absolutamente sin riesgo de su reputacion y sin merma de su nombre.

Realmente angustiosa era su situacion. Si decidía inclinarse al Protestantismo tenia que reconocerse plenamente solidario de todo su credo, y de toda su historia, cargando con las cóleras de Lutero, con las injusticias de secta, con la sangre de tantas batallas, con las visiones de tantos profetas, con las ridiculeces de tantos fanáticos, y le aterraba todo aquello como suele aterrar cualquier ligero peligro á los que no quieren contraer ni delante de su tiempo ni delante del tiempo por venir ninguna responsabilidad. Y al par, si francamente se declaraba por el Catolicismo, tenia que aceptar las supersticiones